

Lo que sea de cada quien

Chespirito, el gran elector

Vicente Leñero

A Roberto Gómez Bolaños, Chespirito, los amigos le decíamos Chéspiro. Lo conocí en la Sociedad General de Escritores de México cuando los dos éramos consejeros. Teníamos coincidencias: ambos estudiamos en el Palacio de Minería (él iba para ingeniero petrolero, yo para civil), ambos escribíamos para la televisión (él se hizo famosísimo, yo sólo trabajé en telenovelas chafas), ambos jugábamos dominó en pareja durante las partidas a las que convocaba, al mediodía o en las tardes, José María Fernández Unsaín con el Perro Estrada, Mario Casillas, Jorge Patiño, Alfonso Anaya...

Cuando en 1997 murió Fernández Unsaín y la presidencia de la SOGEM quedó acéfala, el gremio vivió semanas de desconcierto por el reto que representaba elegir un nuevo presidente luego de que José María fundó y dirigió la sociedad durante veintiún años de imperio absoluto.

Se postularon dos candidatos: Ramón Obón y Luis Reyes de la Maza.

Ramón Obón, abogado experto en derechos de autor, había trabajado en la SOGEM desde su fundación. Luis Reyes de la Maza, feroz crítico teatral en los años setenta, era cercano a los que llamábamos televisos.

Un grupo de escritores encabezados por Víctor Ugalde, consejero de la rama de cine, pensaba que el idóneo era Obón. Éste haría más expedita la transición porque conocía desde adentro la sociedad: su sistema de trabajo, su espíritu, sus intrínquilis. Pero como en el régimen de adjudicación de votos a los socios, esos votos se distribuían, y se distribuyen aún, de acuerdo con las cotizaciones personales (tanto dinero ingresas, tantos votos tienes), los escritores de la televisión eran y son siempre los poderosos. Chéspiro: el más poderoso, el máximo elector. En esos momentos él solito disponía



Roberto Gómez Bolaños

de ocho o nueve millones de votos, frente a los pocos miles que sumaba el resto de los sufragistas. Él solito decidiría la elección.

—No te preocupes —le dije a Víctor Ugalde el día de la asamblea general— yo convenzo fácil a Chéspiro de que vote por Ramón Obón.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo, es mi amigo, me tiene confianza, va a estar con nosotros.

Busqué a Chéspiro toda la tarde. Lo encontré al fin en el estacionamiento del edificio de SOGEM, poco antes de que comenzara la asamblea. Lo tomé por el brazo y lo jalé a caminar la calle para cabildeármelo.

—Quiero hablar contigo del asunto, Chéspiro.

—Cuál asunto.

—No te hagas buey, el de las elecciones.

—Qué pasa.

—Tienes que votar por Ramón Obón si no esto se va a volver un desmadre. Déjame que te dé mis razones.

—A ver.

Caminando de aquí para allá, ida y vuelta, haciéndole al político de banqueta, al diputado de la cámara, le tiré un rollo inspiradísimo. A veces algún transeúnte me interrumpía al descubrir con asombro a Chespirito en persona y se aproximaba a pedirle un autógrafo. Él me escuchaba en silencio, con atención, interesado en mis razonamientos.

—Ramón Obón, Chéspiro, no me falles.

Cuando regresamos al edificio busqué a Víctor Ugalde.

—Asunto arreglado. Está con nosotros.

—¿Seguro?

—Cincho.

La asamblea se prolongó más que de costumbre con informes y discursos que no entendí porque estaba distraído, disfrutando anticipadamente de un triunfo... que no ocurrió. Chéspiro otorgó sus millones de votos a Luis Reyes de la Maza.

Volví a encontrar a mi colega en el estacionamiento de la SOGEM, ya de salida.

—Pero qué pasó, Chéspiro. Me prometiste/

—No te prometí nada. Querías que te oyera y te oí.

—Te di mis razones.

—No me convenciste.

La presidencia de Luis Reyes de la Maza durante su gestión resultó un desastre. Tuvo que salvar la situación, años más tarde, Víctor Hugo Rascón Banda.

Chéspiro y yo nos vemos ahora muy de vez en cuando, ya no jugamos dominó, pero seguimos siendo amigos.

—Estás en lo cierto. **U**